

los excesos del radicalismo que se disponia ya para la guerra civil, y con los esfuerzos que emplearia Berna á fin de asegurar su supremacia: inútiles fueron las amenazas y ultrajes con que se pretendia intimidar á los esforzados lucernenses. No ignoraban que si cedian una sola vez, quedaba para siempre destruida su nacionalidad; por esto se decidieron á hacer frente á los acontecimientos.

Despues de repetidas instancias cedió por fin el General de los Jesuitas á los deseos del Soberano Pontífice y á los votos de los católicos de Lucerna, prometiendo autorizar á algunos Padres para que se dirigieran á aquel canton. Formóse con este objeto un tratado <sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Hé aquí el texto de la convencion de fecha 24 octubre de 1844:

«Entre el Gobierno de Lucerna de una parte, y Mr. Kasper Rothenflue provincial de los Jesuitas, de otra, ha sido convenido lo siguiente, reservándose «empero las ratificaciones necesarias:

«Artículo 1.º La Sociedad de Jesús se encarga de dirigir la cátedra de teología en el canton de Lucerna, desde principios del año escolar 1845 y 1846, «la sucursal (filial) establecida en la pequeña ciudad de Lucerna, y el seminario eclesiástico que hay en el mismo canton.

«Art. 2.º A este objeto enviará la Sociedad de Jesús á Lucerna á lo menos «siete eclesiásticos de su Orden y algunos legos para servirles: cada eclesiástico recibirá anualmente del Gobierno la cantidad de 750 francos que deberán «servir para su manutencion y la de los legos.

«Art. 3.º El Gobierno procurará á la Sociedad de Jesús los edificios y la leña «que les sea necesaria.

«Art. 4.º Al igual de los demás eclesiásticos, quedarán sometidos los Jesuitas á las leyes del canton de Lucerna, particularmente á los artículos 5, 6, «11 y 63 de la Constitucion.

«Art. 5.º La Sociedad de Jesús se entenderá con el Obispo y el Consejo de «educacion sobre el plan de enseñanza que deberá seguir.

«El curso de teología comprenderá la enciclopedia, la dogmática, el hebreo, «la hermenéutica, la explicacion, la historia eclesiástica, el derecho canónico, «la moral, la pastoral y la pedagogia.

«La enseñanza de todas estas ciencias será parte en latin y parte en alemán; sus cursos durarán tres años.

«Regulará la Sociedad de Jesús el número de lecciones segun la importancia «de cada ciencia y las necesidades de los alumnos, de acuerdo con el Obispo y «el Consejo de educacion.

«Se establecerán academias y cursos de peroracion para acostumar á los «discípulos al uso de la palabra.

«Art. 6.º Los miembros de la Sociedad de Jesús podrán vivir en el canton «de Lucerna, segun las reglas de su Orden.

«Art. 7.º Se entenderá la Sociedad con el Obispo por medio del Consejo sobre la eleccion de las obras destinadas al curso de teología.

«Art. 8.º No puede derogarse ninguna de estas disposiciones sin el consentimiento de la Sociedad, del Obispo, y del departamento de educacion.»

lo cual visto por el radicalismo, apeló á la violencia. Debia ser el decreto de admision de los Jesuitas en Lucerna sancionado por el pueblo, en el cual reconocen los radicales no tener ningun ascendiente, por comprender que aquellos hombres sencillos, pero llenos de inteligencia y de recto sentido, no se dejarian seducir por las fábulas inventadas contra los Jesuitas. Como no habia entre ellos preocupacion de ninguna clase, ni siquiera concedieron á aquellas falsedades los honores de la discusion por saber que eran enteramente imposibles. La risa, el terror, el sarcasmo y la impiedad parlamentaria se embotan sin causarles la menor miella. Todo en aquel país es positivo como el derecho y como la independencia; en él se manifiestan con tanta franqueza las simpatías como las repulsiones; por esto tuvieron allí los Jesuitas una mayoría inmensa. Tenia por jefes á Leu, Portmann, Kost, Siegrist, Pfister y Siegwart-Muller, que no retrocedieron ante ningun peligro. Reconociendo el radicalismo la imposibilidad de triunfar por los medios legales, invoca la fuerza, y apela á las armas para derrocar el Gobierno establecido, esperando separar de este modo á los Jesuitas de sus discípulos y obligarles á cerrar sus colegios; pero esta esperanza revolucionaria fue tambien desvanecida. Contaban los radicales que el amor de las familias no permitiria que permaneciesen sus hijos en Friburgo y en el Valais expuestos á los horrores de una guerra civil: las cartas que escribieron entonces á sus hijos las familias, muchas de las cuales tenemos á la vista, están concebidas en estos y parecidos términos: «Si se ataca á los Jesuitas, debeis defenderles; si se les expulsa, «debeis seguirles, porque estais en un todo confiados á su prudencia.»

Excitados hacia mucho tiempo los revolucionarios de la Suiza por los refugiados de todos los reinos y puntos, habian madurado aquel plan de rebelion que no dejaban tambien de apoyar diferentes cantones. El nombre de los Jesuitas sirvió de pretexto al levantamiento: formáronse desde luego cuerpos francos, ó sea una especie de ejército destinado á las órdenes de la insurreccion compuesto de extranjeros sin patria y sin asilo, y de suizos cuyas discordias intestinas no alarmaban en lo mas mínimo su patriotismo, y luego se confió á aquellas bandas, ó mejor hordas salvajes, el cuidado de asegurar la felicidad de la Helvecia. Reunióseles al grito de ¡mueran los Jesuitas! Se les procuraron armas y municiones creyéndoseles invencibles por el solo hecho de haber aprendido en los clubs el arte

de la guerra: debía estallar la revolucion á primeros de diciembre de 1844; pero fue reprimida solo por la imponente actitud del pueblo. Aprobaba tácitamente el Vorort aquellas invasiones, y no tardó el canton de Vaud en proclamar el comunismo. Diríjense desde aquel dia los nuevos comunistas contra Dios, los Católicos y los Protestantes, poniendo fuera de la ley á todos los que tuviesen criados ó propiedades: so pretexto de expulsar á los Jesuitas, que nunca Lausana habia visto dentro de sus muros, instaló la libertad un nuevo Gobierno que ya desde el primer dia de su poder vino á ser el tirano de las conciencias y el árbitro de la vida de los ciudadanos. Allí, como en todas partes, empezó la idea revolucionaria á dar la independencia por medio del mas atroz despotismo, y la igualdad por la expoliacion.

En la noche del 30 al 31 de marzo de 1845, los insurgentes, que hacia algunos dias se hallaban estacionados en la frontera de Lucerna, se determinaron á penetrar en el país, en número de once mil cuarenta hombres sin contar con los afiliados que tenian en él. Al ver Lucerna la violacion de su territorio convoca los pequeños cantones; y como los confederados católicos estaban ya sobre las armas y dispuestos, á la primera señal se reunieron para marchar prontamente al socorro de sus hermanos. Tomó el general Sonnenberg el mando de aquel pequeño ejército, que sin contar en ningun apoyo se dirigia valiente y decidido al campo de batalla para salvar la independencia helvética. Los hijos de Unterwald fueron los primeros en descubrir al enemigo, y á pesar de reconocer su inferioridad numérica atacanle desde luego con la mayor bravura.

Dióse la señal, y por un movimiento rápido como el rayo arrojábase sobre el enemigo los carabineros de Lucerna y de Uri. Tomó Sonnenberg tan acertadas disposiciones militares por prever el punto donde acudirian los cuerpos francos y en el que determinó aguardarles, que nada dejó que desear en aquella inmortal jornada. Fue un espectáculo verdaderamente digno de los tiempos heróicos el que ofrecieron aquellos paisanos convertidos en soldados por el peligro comun marchando al combate con la maza ó la alabarda en una mano y el rosario en la otra, sin retroceder ante un enemigo diez veces superior en número y provisto de artillería para sembrar la muerte y el incendio en el canton de Lucerna. Á pesar de tener los radicales todos los medios de destruccion y el valor que inspira el fanatismo, pronto conocieron que no podrian vencer ni resistir á aque-

llos impasibles labradores que oraban antes y durante el combate. Vista por el general Sonnenberg la perplejidad del enemigo, se arroja sobre él dando muerte á cuantos intentan resistirle, sin parar hasta causarles la mas completa dispersion y apoderarse, junto con José Leu que continuó persiguiéndoles, de un gran número de armas y bagajes.

Era la primera victoria que obtenia despues de treinta años la justicia sobre la iniquidad revolucionaria, victoria debida á algunos paisanos católicos que salvaban quizás á la Europa de una conflagracion general. Esos mismos paisanos, á quienes se trataba de fanáticos, tuvieron por los vencidos un sentimiento de compasion que nunca los radicales han sabido demostrar, ni aun comprender, como lo prueba el haber calumniado aquel respeto enteramente cristiano. Felizmente la victoria habia costado mas resolucion que sangre; los paisanos solo la atribuyeron por su parte al Dios de los ejércitos; así es que condujo Leu á mas de ocho mil de sus compatriotas al santuario de Nuestra Señora de las Ermitas, donde dieron gracias á María por el señalado triunfo que acababa de conceder á su justa causa.

Al recibirse la noticia de aquel acontecimiento que los Gobiernos legítimos consideraron con razon como una victoria alcanzada sobre las ideas de desórden, resonó en toda la Europa católica un prolongado grito de gozo y de admiracion tanto mayor en cuanto no estaba acostumbrada á recibir tan faustas noticias. Hasta los mismos Protestantes se unieron á aquellas manifestaciones, por no haber sido los últimos en prever á dónde podian conducirles la disolucion de los cuerpos francos en el caso de salir triunfantes. Solo los revolucionarios se atrevieron aun á dirigir cobardes insultos contra aquellos intrépidos montañeses, complaciéndose, ya que no podian resistir su bravura, en ultrajar su mansedumbre. Se les supuso además guiados por los Jesuitas y que junto con ellos pisoteaban los cadáveres de los vencidos, cuando en aquellos dias de sangrienta y gloriosa memoria no se hallaba en el canton de Lucerna ni siquiera un discípulo del Instituto.

Solo algunos meses despues, ó sea en 26 de junio, llegaron á aquella ciudad los PP. José Simmen y Antonio Burgstahler.

Á pesar de los consejos llenos de prudente moderacion que dieron indistintamente á todos los partidos, no lograron por ello calmar la

irritacion de los radicales. Esperaban los cuerpos francos que la mision de Mr. Rossi les seria provechosa, y que el Gabinete de las Tullerías interpondria su mediacion para darles una victoria diplomática despues de una derrota militar. En efecto, procuró Mr. Rossi hacer comprender á la Santa Sede y al General de los Jesuitas que era preciso á los Jesuitas abandonar á Lucerna; pero sus insinuaciones fueron despreciadas por hallarse en oposicion con la voluntad y los derechos de los cantones. Quedaron, pues, reducidos los cuerpos francos á las vergonzosas excitaciones y á la estimacion de Mr. Thiers.

José Leu, que habia demostrado ser el mas ardiente partidario de la Compañía de Jesús, y al que todos los habitantes de la Suiza, fieles á la unidad, aclamaban respetuosamente por su jefe, vióse el blanco de todos los tiros del partido vencido. Como habia Leu contribuido tan poderosamente á su derrota, resolvieron los radicales su muerte, resolucion digna por cierto de los revolucionarios que solo pueden medrar con la intimidacion ó el asesinato. Vióse, en efecto, el infeliz Leu cobardemente asesinado en su propio lecho al lado de su esposa y junto á la cuna de su pobre hijo; expiando de igual modo el crimen imperdonable de ser adicto á la Santa Sede y á los Jesuitas, y porque sofocaba su popularidad las esperanzas revolucionarias. Condenóse además la memoria del justo á la deshonra, suponiendo que se habia suicidado. La sola idea de este crimen despertó pruebas irrefutables; pero el radicalismo creyó contestar á todas ellas anunciando que los Jesuitas habian muerto al campeón de la fe y de la independenciam, ó que, á fin de exasperar las masas, le habían decidido á que se dejara asesinar.

Solo el 15 de octubre de 1845 empezaron sus cursos de teología los siete jesuitas pedidos por el canton de Lucerna; el seminario abrió sus estudios algunos dias despues. Habian sido en Suiza los discípulos del Instituto un pretexto para los cuerpos francos; tambien en el reino Cristianísimo aparecieron en la misma época como el centro de un complot imaginario. Nunca han dejado de experimentar los Jesuitas una desgracia que es para ellos una verdadera gloria; pues se ven calumniados por todos los enemigos de la Iglesia y de los Gobiernos establecidos, al paso que siempre salen á su defensa las gentes de fe ardiente y sincera. Ese eterno combate que dura ya hace tres siglos sin cansar ni á los amigos, ni á los adversarios

de la Sociedad, ni á la misma Sociedad de Jesús, es sin duda uno de los mas raros fenómenos que puede ofrecer la volubilidad del hombre. Todo cuanto de tres siglos á esta parte ha procurado corromper las masas y engañar á los Reyes, ha sido tambien abiertamente hostil á la Compañía. La hemos visto acusada de todos los delitos, é imputársele todos los crímenes; en un país ha sido denunciada por halagar á los Príncipes, en otro por seducir á los pueblos, y en todos por inspirar á unos y otros las mas funestas pasiones. Ha sido constantemente el escudo en que se han embotado los mas envenenados tiros; siendo poderosa por su fuerza, y mas potente aun por la hiel de los odios que ha sabido despertar. Ahora que de sus riquezas, de su poder, y hasta de su ascendiente sobre la juventud, solo le resta la indigencia y la persecucion, no por ello dejan de sufrir nuevos ataques los discípulos de Loyola. En Francia, que no disponen ni de los reyes ni de la instruccion pública, y que solo existen como meros ciudadanos, aun este título, que solo un crimen les puede hacer perder, se intenta disputárseles. Acúsábaseles en otro tiempo de obrar con demasiada actividad; acúsaseles hoy dia por su silenciosa y tranquila actitud. Fueron en otro tiempo culpables porque ejercian una incontestable preponderancia; ahora lo son porque su supuesta accion tenebrosa no puede escapar á la perspicacia de los que proclamaron la libertad. Muchas y diversas han sido las fases que ha debido sufrir la Orden de Jesús, y de toda clase los enemigos que la han combatido, los cuales no pudiéndola vencer con la lógica, han apelado á la injusticia: solo le faltaba sostener un último combate, que acaba de librársele á la faz del mundo.

Diápersó la Revolucion de julio de 1830 á los hijos de Loyola, sin dignarse destituirles en virtud de una ley, por creer mas oportuno proscibirles por medio del terror ó de las amenazas. Montrouge fue saqueada, y otras muchas casas del Instituto fueron expuestas igualmente al pillaje; en todas las provincias resonó el grito de mueran los Jesuitas, proferido á menudo por hombres que no conocian siquiera el significado de la palabra Jesuita, y que nunca habrian querido inmolárles á sus preocupaciones constitucionales. En las ciudades de Vannes y Dupuy donde eran los Padres mas apreciados por sus obras, se reunieron los dos partidos para proteger la seguridad de los hijos de san Ignacio. El huracan de julio que se levantó á impulsos de pasiones tan ficticias como las causas de que

nació el movimiento, no despertó en las masas un furor verdadero, ni los que se apoderaron del poder trataron mas que de restablecer el orden material á fin de hacer triunfar en su provecho el orden moral.

Ante la Revolucion que se hundió bajo su impotencia calculada, no se pensó ya en ninguna nueva extension de derechos quiméricos, sino tan solo en la sustitucion de personas en toda la jerarquía administrativa. Las ideas ambiciosas sucedieron á las ideas de libertad, y como todos los Gobiernos que aspiran á consolidarse, el de las barricadas no se dejó derrocar sin haber hecho antes todos los esfuerzos imaginables para sostenerse. Ocultos los Jesuitas en el seno de piadosas familias, y desterrados, por decirlo así, en su misma patria, pronto pudieron convencerse de que no tenia ya el Gobierno ningun interés en perseguirles. En vista, pues, de la paz efimera que les concedian las preocupaciones políticas, determinaron ponerse á disposicion de los Obispos para enseñar la virtud desde lo alto de las tribunas evangélicas. Viviendo así en una atmósfera de motines, y en medio de la agitacion febril de los partidos, supieron preservarse de todos los excesos, sin pedir ni ofrecer nada al nuevo orden de cosas: enteramente extraños á los acontecimientos que se sucedian, no podian demostrar ninguna esperanza, ni mucho menos asociarse á ningun complot, porque como no participaba su acción de los intereses humanos, nada tenia que ver con las pasiones. Como no tocaba á ellos el sostener ni derribar el nuevo trono, se abstuvieron de dar ningun paso en pro ni en contra de la nueva dinastía; esta conducta, que debia merecer la aprobacion de todos los partidos, fue por el contrario lo que valió mas tarde á los Jesuitas el verse acusados de una criminal neutralidad.

Habia sido ya legado su nombre al olvido, sin que se tratara de ellos en ninguna polémica; pero cuando en 1832 el cólera y la guerra civil invadieron á la vez la Francia, no pudieron resolverse los discípulos del Instituto á permanecer por mas tiempo en la oscuridad. Pesaba sobre la capital y las provincias un doble azote; y como el Arzobispo de París, salieron los Jesuitas de su retiro para llevar el vigor y la esperanza en los ánimos fluctuantes y abatidos: se cernia la muerte sobre el reino; por esto los Jesuitas sin acordarse de las persecuciones sufridas mas que para centuplicar su ardor, procuraron aliviar la general desgracia. Inmensos, numerosos, infinitos son los peligros que deben correr, pero saben arrostrarlos todos para inter-

poner la piedad del sacerdote entre la cólera de Dios y la desesperacion del hombre; sabiendo en aquellos dias de consternacion y de luto reconquistar los proscritos el título de ciudadanos en el campo de la caridad cristiana. La Francia, que no reconocia ya á los Jesuitas, aprendió á bendecir el nombre de aquellos religiosos, entonces ignorados, que derramaban á manos llenas los beneficios, acudiendo en pos del P. Loriquet al socorro de la indigencia, y que así en París como en el fondo de las provincias obligaban á los magistrados á que conservaran aquel heroismo oculto ó anónimo<sup>1</sup>. Convirtiéndose Saint-Acheul en hospital militar donde recibieron los Jesuitas en aquella casa, tantas veces amenazada, á los soldados víctimas del azote para calmar sus sufrimientos y sostener á los que se hallasen en el duro trance de la agonía. Así en el Norte como en el Mediodía superó de mucho la abnegacion de los Jesuitas á la de todos los demás ciudadanos: habian reconquistado los Jesuitas el título de franceses por el derecho de la caridad; sin embargo los PP. Druilhet y Besnoin fueron detenidos el uno en Burdeos á 28 de junio de 1832, y el otro en Tours á 29 de setiembre de aquel mismo año. Era Druilhet provincial, y se dirigia desde España á Italia encargado de la correspondencia y los secretos de la Sociedad de Jesús; á pesar de habersele examinado todo su equipaje con un cuidado in-

<sup>1</sup> El P. Barthès que habia sido enviado por el Obispo de Amiens á la parroquia de Moislains á fin de que ayudara al cura, que era un anciano enfermo y octogenario, durante la epidemia; hé aquí el comportamiento del Jesuita segun relacion del secretario del Consejo de sanidad de la ciudad de Perona: «No ha cesado de prodigar Mr. Barthès á los pobres coléricos, durante la enfermedad, los socorros de la Religion, y los cuidados del enfermero mas inteligente y solícito, administrando por sí mismo á los desgraciados cuantos remedios les eran prescritos, cambiándoles la ropa, y hasta prestarles aquellos servicios mas repugnantes y expuestos.» Esta caridad, empero, mereció una recompensa pública, como se desprende de la siguiente carta dirigida al Jesuita por el Subprefecto de Perona en 16 de setiembre de 1833: «Señor, el jurado que tiene la mision de examinar los títulos de las personas que tienen mas derecho á las honoríficas recompensas por haberse distinguido de un modo particular por su celo y abnegacion durante el cólera, acaba de concederles una medalla de bronce.

«Feliz por poderos transmitir la noticia de esta distincion, quisiera tambien poderos remitir yo mismo el honroso testimonio que tan merecido tienen vuestros generosos servicios, pero siéndome esto enteramente imposible;

«Os suplico que os sirvais honrar con vuestra presencia la ceremonia que con este motivo debe tener lugar el martes 1.º de octubre á mediodía en las Casas consistoriales de Perona.»

quisitorial, nada se encontró que pudiese comprometer á los Jesuitas. Vióse por lo tanto la policía de Burdeos obligada á soltar su presa; tambien en Tours se procedió del mismo modo<sup>1</sup>, con la sola diferencia de que en esta ciudad habia empezado ya Besnoin á evangelizar á sus compañeros de cautiverio; pidiendo el Jesuita por toda reparacion que se le permitiera pasar algunos dias mas en su calabozo á fin de poder terminar la obra que habia emprendido.

Hallábanse los Jesuitas en esa posicion difícil, siempre fluctuantes entre las incértidumbres del presente y los temores del porvenir, cuando una súplica hecha por el rey Carlos X vino á reanimar todas las enemistades y á procurar á los adversarios del Instituto un nuevo tema de acusacion. El General de la Compañía desde la casa del Gesu seguía paso á paso la marcha de las ideas y apreciaba prudentemente el estado de los espíritus en Francia; por lo que preveía que el feliz regreso hácia los principios religiosos seria tanto mas sincero en cuanto no fuese inspirado ni por ambicion cortesana, ni por deseo de medrar. El Gobierno de julio habia atravesado ya las circunstancias mas difíciles, y empezaba á triunfar de sus enemigos del interior; y, mas dueño cada dia de sí mismo, procuraba, como todos los poderes que quieren subsistir, consolidarse por medio del órden. No se ocultaba esa esperanza á los Jesuitas, pero desde el círculo circunscrito por su accion no podian ejercer ninguna influencia política. Hé aquí lo que en 17 de mayo de 1833 escribía Roothaan al P. Renault, provincial de Francia: «Termino por lo que mi corazón prefiere á todo en las actuales circunstancias: que cada uno de los Padres ponga el mayor cuidado en conservarse en la esfera de nuestra vocacion, por ser nuestra divisa: *Pars mea Dominus*. «No tenemos ninguna mision para inmiscuirnos en los negocios temporales.»

En el momento mismo en que se daban estos consejos llegaban á Praga dos Padres franceses, Estéban Deplace y Julian Druilhet, encargados de la educacion del duque de Burdeos.

Tambien en la corte de los príncipes desterrados estallan con la mayor violencia las intrigas, nacidas á menudo de una exagerada fidelidad; cerca de un rey destronado, el celo que no espera inmediata recompensa se cree fácilmente herido por la menor contradiccion. Cada cual procura hacer triunfar sus ideas y rodear su perso-

<sup>1</sup> Debíose á la intervencion de Mr. Janvier, diputado mas tarde y consejero de Estado, el que fuese puesto en libertad el jesuita detenido por sospechoso.

na de una auréola de sacrificios: estas fueron las causas de las divisiones que se manifestaron entre el baron de Damas, Mr. Barande y la duquesa de Gontaut, divisiones que resonaron desde el fondo de la Bohemia hasta París. Creyó Carlos X que solo lograria poner un término á ellas confiando la educacion de su nieto á la Sociedad de Jesús: la proposicion del anciano Monarca fue transmitida al P. Roothaan, quien declinó tan peligroso honor. Insistió, no obstante, Carlos X, y por su parte tambien el Soberano Pontífice pidió al General que accediera al deseo manifestado por el Rey prócrito, añadiendo que se veria obligado á mandarlo, en caso de que no accediera el Instituto á sus instancias. «Desde entonces, escribe Rozaven á los jesuitas designados, no fue ya posible otra deliberacion. Si hubiese permanecido Carlos X en el trono, feliz y rodeado de toda la pompa real, quizás hubiera podido resistir la Compañía á sus instancias; pero desgraciado en el destierro los llamaba á su socorro para formar en la Religion lo que tenia mas caro en el mundo.» El General no titubeó. No ignoraba que aquellas circunstancias serian un nuevo escollo para sus hermanos, por saber que su nombre pronunciado bajo las bóvedas del Hradschin debía herir vivamente ciertas susceptibilidades legitimistas que soñaban en popularizar al jóven Príncipe con dichos ó anécdotas inventadas en París impropios de su carácter y de su dignidad. Aceptar, pues, estas funciones, era exponerse á un doble peligro sin reportar de ello mas provecho que contribuir al desarrollo de las brillantes cualidades que anunciaba el duque de Burdeos. El General de la Compañía de Jesús cumplió, no obstante, con su deber dejando al juicio de los hombres el cuidado de mal interpretar su conducta; á fin de trazar á los PP. Deplace y Druilhet la que ellos debian seguir en su delicado cargo, escribióles en 1833 la siguiente carta:

«No debemos hacernos ilusiones: la gravedad y los peligros de la alta mision que se os confia sobrepujan de mucho á su brillo. Si la Compañía, hartó instruida por la experiencia, piensa que estos cargos no deben ser nunca ambicionados ni recibidos con gozo por sus hijos, no puede sin embargo en los aciagos tiempos presentes creerse obligada á sustraerse á ellos y á huirles con el mayor terror. ¿Cuál será el resultado de este importante negocio? «Dios, el bien público, la sociedad de los hombres prudentes y de nuestros enemigos, todo, en una palabra, nos hace concebir con